



20

C70

LEAL

EN

LA VIDA Y LA MUERTE

Cup. 405. C. 70.

• LEAL EN LA VIDA Y EN LA MUERTE •

# DISCURSO

PREDICADO EN EL FUNERAL

DEL CORONEL JUAN FRANCISCO VAUGHAN

Y DE

MARIA CARLOTA, SU ESPOSA

EN COURTFIELD, EL 11 DE ENERO DE 1881

POR EL ILMO. SEÑOR

**D<sup>or</sup> D. JUAN CUTHBERT HEDLEY, O. S. B.**

Obispo de Newport y Menesín.



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI, ESPECIAL PARA OBRAS

60 - CALLE ALSINA - 60

1881

Á  
LOS FUNDADORES Y COOPERADORES  
DE  
LA OBRA DE EXPIACION  
Y  
Á TODOS MIS AMIGOS  
EN EL RIO DE LA PLATA

*Permitidme os dedique, antes de separarme de vosotros, estas breves páginas que encierran los principales rasgos de la vida de mi inolvidable Padre, como prenda de amistad y reconocimiento.*

*Aunque solo las propias acciones justifican al hombre, abrigo la grata esperanza de que las virtudes del padre harán olvidar cualquiera falta del hijo en el cumplimiento de la mision de fé y caridad á que ha consagrado su vida.*

KENELM VAUGHAN.



## Seal en la Vida y en la Muerte

Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré  
la corona de la vida.

(APOCALÍPSIS, cap. II, vers. 10).

Estando en la solemne presencia de la muerte, amigos míos, nuestro consuelo es poder hablar de una vida que está fuera de su imperio. En verdad es solemnísimas la muerte y aun muy formidable. Hombre alguno, sean cuales fueren sus esperanzas, ó por completa que sea su incredulidad, puede dejar de conmoverse cuando se acerca á los restos mortales de un hermano cuya palabra y movimiento se han paralizado por siempre, y cuyo semblante se halla cubierto con el velo que apenas nos atrevemos á pedir se levante. La esperanza alimentada por la fé puede sostener la ciudadela del corazón y arrosar la apatía y la desesperación; pero hay tétricas fantasmas en los pórticos exteriores, tristes



anuncios de tempestad y terror que suspiran alrededor de los baluartes y las puertas. El escepticismo, la indiferencia, la dureza del corazón pueden haber morado en el abandonado castillo del alma y contrarestar el pensamiento de una existencia futura; pero el instinto sobrevive allí donde el principio está muerto, y el hombre de este mundo, por más impío que sea, experimenta y siente como si una borrasca oscureciese el firmamento sobre su propia cabeza, cuando ve no muy distante la muerte. La muerte es un heraldo, un predicador, un apóstol. Ella puede despertar en un pecho humano écos que ninguna otra voz puede alcanzar. Ninguna resolución, ninguna filosofía, ninguna razón puede evitar que se conmuevan las más íntimas fibras del ser, cuando el tañido de su campana hiere el oído, ó cuando pasa rozando su manto sombrío. Pero el corazón cristiano, al paso que confiesa el polvo y cenizas de su mortalidad y admite su pavor á la muerte, se levanta en un instante y se dirige á la presencia de Aquel que triunfó de la muerte. Estando cerca de él, el cristiano prontamente divisa la luz que penetra en medio de la tiniebla, y viene á escuchar el sonido de otras campanas que en lontananza alborozan desde las torres de los palacios en la tierra de promisión de Dios.

El anuncio de nuestra santa fé es que el que muere vivirá—aquél que fuere fiel hasta la muerte será coronado de vida para siempre. A los deudos y á los amigos íntimos de estos dos cuyos restos, aguardando la resurrección, están aquí presentes, yo no ofrezco este pensamiento

como un consuelo. Es este un pensamiento ó más bien una fé viva que es la suya, antes y más allá de cualesquiera palabras que puedan expresar mis labios. Empero mi intención es dirigirme hoy á un círculo más vasto. Los ritos fúnebres de la Iglesia Católica, el oficio de difuntos y la misa de *requiem*, son oraciones destinadas á librar á las almas de las llamas penales y purificantes del Purgatorio. Mas ellas sirven también de lección á los vivos. No podemos penetrar los juicios de Dios; pero tenemos derecho de señalar aquello que podemos ver. Dios es el único Juez. Pero la vida de cada hombre es un ejemplo para el bien ó para el mal, y la muerte de cada hombre es una advertencia, y la carrera de cada hombre es una lección. Una buena lección, un ejemplo conmovedor, una patética enseñanza hallaremos en la memoria de Juan Francisco Vaughan, de Courtfield, y de María Carlota, su esposa.

Juan Francisco Vaughan, de Courtfield en Herefordshire, magistrado de los condados de Hereford, Monmouth y Gloucester, y sustituto para Monmouth-Shire, algún tiempo Coronel de Ingenieros de la Milicia Real de Monmouth, nació en Courtfield el 2 de Julio de 1808, y tenía por consiguiente cuando murió la edad de 73 años. Pasó su más temprana juventud en esta casa, en medio de los bosques que sombrean el río Wye, y en las orillas de ese raudal familiar que circunda la heredad solariega de su familia. Aquí aprendió el nombre de Dios; aquí aprendió la historia de su raza. Aquí empezó á temer á Dios; y aquí fué, cuando niño de siete años, en la oscuridad de las

noches, en medio de estos verjeles y alamedas, mostró primero que era tan fino el temple de su ánimo que nunca supo lo que era temor de otra cosa alguna, sinó de Dios. Alguien sorprendió mas bien que oyó como palabra suya, que no podia comprender como un católico pudiese abrigar ningun otro temor; y Pio IX comprendió toda su vida cuando una vez escribió en una hoja de su libro de oraciones: *Initium sapientiae timor Domini*. A la edad de once años fué enviado á Stonyhurst para ser educado bajo el cuidado de esa sociedad en que uno de sus hermanos y uno de sus hijos habian de enrolarse despues. En Stonyhurst fué alumno del Padre Jacobo Brownbill (S. J.) hácia quien concibió una estimacion y un profundo afecto que él ha conservado hasta el último momento. Acostumbraba decir á sus hijos que nunca habia conocido un hombre mas dedicado á su deber, mas lleno del espíritu de sacrificio ó mas ejercitado en el dominio de sí mismo. Los que conocen sus grandes talentos, estarán dispuestos á creer que él fué siempre el primero en su clase. Pero él echó en Stonyhurst el cimiento de hábitos mas importantes aunque los del estudio. Se hizo miembro de la cofradía de Nuestra Señora, lo cual implica de que se afiliaba al lado de aquellos que profesaban temor á Dios y desdeñar las vanidades del mundo. Y la costumbre de recitar el pequeño oficio de la Bienaventurada Virgen, que empezó en la escuela, nunca fué abandonada por él hasta el fin de su vida. Cuando salió de Stonyhurst, fué enviado á completar su educacion fuera de Inglaterra. Los hijos de buenas familias

inglesas experimentaban entonces como ahora la falta de una universidad católica. La fé es mas preciosa que el saber ó el favor en la sociedad, y no es de maravillarse que los padres se esquivasen entonces como ahora de enviar á sus hijos donde el menor daño que puede acontecerles será sufrir la mengua de ese espíritu y sentimiento católico que es timbre de su raza haber mantenido tan entero. El coronel Vaughan fué enviado á la célebre escuela de Jesuitas de Saint-Acheul en Amiens. Tuvo despues la ventaja de pasar dos años en Paris, estudiando filosofia y literatura en el aula del entonces renombrado Mr. Bailly. La casa del « Padre Bailly » era en ese tiempo el centro del renacimiento católico en Francia. En su casa se fundaron el « Avenir » y la Sociedad de San Vicente de Paul. Allí el coronel Vaughan conoció y oyó á Lamennais, Lacordaire, Gratry, Ozanam y otros corifeos católicos. Era el comienzo de aquel grandioso movimiento católico que ha hecho tanto en pro de los católicos ingleses, cuanto de los franceses, mostrándonos como les mostró á ellos el poder de la palabra, el poder de la pluma y el poder de la cultura intelectual. Las aguas de aquel movimiento se precipitaron despues en canales turbios y revueltos; pero su raudal fué una onda brillante de esperanza y denuedo. El « Avenir » aun no se habia fundado cuando el coronel Vaughan abandonó el círculo que se congregaba en torno del Padre Bailly; pero él y aquellos otros jóvenes católicos ingleses que le acompañaban, algunos de los cuales existen todavía, vieron lo bastante para estimular su inteligencia y llenar

sus corazones de entusiasmo. Era un tiempo de altos pensamientos y de ardientes inspiraciones, un tiempo que dejó sobre el corazón de un joven su forma y su sello profundo. A la influencia de esos dos años debemos atribuir esa amplitud de vistas, esa elevación de motivos, esa apreciación de los sucesos digna de un estadista, y ese espíritu caballeresco y generoso que resplandecieron en el coronel Vaughan.

Volvió á Inglaterra en 1830, y al año siguiente se casó con Isabel María Rolls, hija del finado Juan Rolls del Hendre, formando así alianza con una de las más honorables familias del condado de Monmouth. De esta, su primera esposa, la madre de esos hijos de los cuales tantos viven para bendecirla cuando recorren firmemente la carrera en que ellos solos y apenas ellos saben cuanto deben á su madre, de ella no hay oportunidad de hablar aquí. Inclínamos nuestras frentes á su santa memoria, y pasamos adelante.

El coronel Vaughan y su joven consorte vinieron á vivir en Courtfield en 1833. La vida de un caballero campesino no suele presentar vicisitudes extraordinarias. Y nosotros no estamos haciendo una biografía, sino únicamente empeñándonos en dar á un hombre de bien el recuerdo debido y aprender una lección para nosotros mismos. No he encontrado mejor palabra para expresar la esencia de su carácter que aquella que es la primera en el texto escogido. Es á la «fidelidad» ó «lealtad» que el espíritu en la Revelación de San Juan promete la corona de la vida. Nadie que haya conocido al coronel Vaughan vacilaría en llamarle un «leal caba-

llero», en la vieja y amplia acepción de ese término. Lealtad significa más que exactitud, ó observancia, ó atención al deber. Es aquella generosa é intrépida energía para el cumplimiento de la obligación que recuerda el tiempo en que en un estado más nuevo de la sociedad, hombres de fuerte brazo y valiente corazón rodeaban á un jefe predilecto que era más prudente y más firme y más valeroso que ninguno de ellos. En Juan Francisco Vaughan todos podían contemplar este espíritu exteriormente revelado en las palabras que pronunciaba y en las empresas á que daba cima; y á sus íntimos amigos era dado penetrar hasta ese manantial que nacía de su corazón. Era en primer lugar hombre de instrucción y de pulido entendimiento y algo más. Lefía constantemente; sentía un vivo placer en la lectura; y en las últimas horas en Biarritz era una de sus tocantes confidencias dar gracias á Dios por la complacencia que durante toda su vida le había permitido sentir con la apacible sociedad de los libros. Hablaba bien, con despejo, con claridad y aun con brillo. Pero su espíritu y su ingenio campeaban más altamente en sus arengas públicas. Sería apenas ir muy lejos al asegurar que había nacido orador; porque no solo tenía á su disposición la materia, sino el poder de la forma epigramática, la presencia de ánimo y las prendas físicas que distinguen al orador del individuo capaz de hacer un discurso. Algunos de los presentes pueden todavía recordarle en sus primeros tiempos. Pueden rememorar la gallarda figura, el agradable semblante, la noble cabeza con sus ensortijados cabellos,

la resonante y estendida voz y la elocucion imponente de sus dias juveniles, cuando se presentaba en las asambleas, ó defendia su fé ó tomaba la parte del órden en las borrascosas y tumultuarias escenas que perturbaron el país cuarenta años ha. Sus maestros jesuitas en Francia habian cultivado su innato don de la palabra. La constante práctica de la « declamacion » que es una tradicion en las mas antiguas escuelas católicas le habia dado confianza, facilidad y gracia, y enriquecido su memoria con mil memorables pasajes y útiles formas en mas de una lengua. Y aconteció que, en una ocasion al menos, tuvo necesidad de todos los recursos que puede manejar un orador. Los católicos ingleses no han hecho todavia suficiente justicia probablemente á esos gentiles hombres de campo que, durante los ardorosos dias del furor de la « agresion papal, » se lanzaban á las asambleas populares y hablaban en favor de la Iglesia y del Pontífice. Sus padres no ejecutaron mas bizarra hazaña cuando arrollaban á los sarracenos ó peleaban contra los españoles. Hay que recordar cuan enorme es el poder y la presion de la influencia política y de las relaciones sociales; cuán mezquina es la posicion de un caballero, si sus vecinos de condado le niegan su apoyo, para estimar en su verdadero mérito la accion de aquellos hombres que arriesgaban todo lo mas caro por confesar su fé y protestar contra el frenesí reinante en aquellos momentos. El coronel Vaughan asistió á la reunion de condado en Monmouthshire celebrada en Usk el 18 de Diciembre de 1850 bajo la presidencia del Principal Sheriff.

Se ha conservado su arenga. Aunque ella fuese menos brillante de lo que es, debería guardarse para siempre en nuestros archivos, siquiera como pintura de aquella estraña y curiosa escena en que se desplegó la pasion religiosa con tempestuoso y desenfrenado furor. Puedo únicamente citar las dos sentencias con que se inició. Juan Francisco Vaughan, dice el relato impreso, se levantó y dijo con grande énfasis; « Señor Sheriff y caballeros, yo apoyo esta enmienda. Me felicito y me enorgullezco de colocarme hoy al lado de mi amigo M. Herbert de Llanarth. Pertenecemos á dos de las pocas familias católicas romanas en este distrito, que han sobrevivido á trescientos años de persecucion ». Entónces empezó el tumulto y todas las demas palabras fueron acogidas con voces destempladas y confusas. Pero el orador mantuvo su puesto y llegó hasta el fin de un discurso cuyo poder y audacia amedrentaron á veces al Protestantismo enfurecido. La necesidad de tales arengas desapareció á medida que el país recobraba rápidamente su sensatez, y el coronel Vaughan rara vez tuvo que repetir los esfuerzos que hizo con su pluma y con su voz durante el memorable invierno de 1850 á 1851.

Como magistrado participó de las cargas y de los honores de muchos distinguidos colegas. Como oficial de la milicia Real del condado de Monmouth, de cuyo regimiento fué coronel por tantos años, era un soldado modelo, diestro, animoso y de altas prendas; un padre para sus subalternos y un dechado para sus jóvenes oficiales. Decia en Biarritz á uno de sus familiares,

que experimentaba un consuelo particular, al aproximarse su fin, sabiendo que, durante todo el tiempo que mandó el regimiento, nunca ni en la mesa, ni en la antecámara habia oido conversacion alguna impropia de un caballero cristiano. Sus oficiales estaban apercebidos de que tal conversacion le seria desagradable, y aún se consideró de mal tono introducirla. Como voluntario en Crimea desempeñó su servicio en las trincheras durante todo el terrible invierno de 1854 á 1855. El verdadero amor de la patria y su espíritu digno de un soldado, le impelieron contra los deseos de muchos de sus amigos á arriesgar su vida en aquella hora de prueba para su país. El dijo á un amigo: « Yo he sido el hijo de mi país antes de ser el padre de mis hijos ». No era sin embargo un ocioso prurito de aventuras; pues observó y señaló muchas cosas, y en el verano de 1855, despues de su regreso, publicó el resultado de sus observaciones en un volúmen de «Indicaciones para armar y disciplinar la infantería ligera». (1)

La recreacion de su vida en el suelo natal, era la agricultura, y pocos hacendados mejores habia en el condado de Monmouth. En esta calidad, y como especulador, director de ferro-carriles y soldado, su consejo era procurado con ahinco. Individuos de toda creencia y profesion acudian á él en sus dificultades. Muchos sacerdotes tienen que agradecer al Coronel Vaughan palabras mas preciosas que el socorro material. El era maravillosamente expansivo y simpático con los que

<sup>1</sup> « The soldier in peace and war ».

sufrian, y hacia cuanto estaba á su alcance por palabra y obra á fin de aliviarlos. Fué muy celoso en no hablar nunca contra los demás; y las escusas que ofrecia en favor de aquellos que se comportaban injustamente para con él, eran frecuentemente tan bellas como ingeniosas. Grande era su parsimonia en pensar mal, no dando nunca oido á la intriga. Así vivió entre sus vecinos, sosteniendo ideales elevados y fiel á honrosas tradiciones.

Un gentil hombre inglés de campo pertenece á una clase única, segun se ha observado con frecuencia. Es probablemente hombre de buen linaje, esto es, tiene tras de sí la tradicion mas ó menos larga de antecesores que han hecho algo de honorable y alcanzado una sonrisa de la fortuna: tradicion que debe siempre gravitar como un peso del lado de la energía y de la honra, y granjear legítimamente el respeto de todos á escepcion del de aquellos descarriados de esta vía. El es además poseedor de tierra y heredad en algun condado inglés; es un hombre que ha echado sus raíces en el valle, á la margen del rio, ó bajo la colina; cuya faja de territorio ó cuya lucida morada forma tan verdaderamente un rasgo característico en su condado como los rios, los bosques y las mismas eternas colinas. Es probablemente tambien un magistrado, y quizás algo mas; y si la índole de su ser moral no es muy inferior, se hace circunspecto en razon de su responsabilidad, acrecienta su reverencia á la justicia por su participacion en la administracion de la justicia, y aspira á existencia mas alta á medida que reconoce su propio influjo para el

bien y para el mal. Numerosas influencias tienden á hacer de la lealtad ó fidelidad, el timbre especial del caballero campesino inglés. Dada la base de los buenos principios, su vida y circunstancias, preservan íntegros esos principios, como la herencia de sus hijos. La vida de familia puede no ser ahora lo que ha sido, y los rápidos viajes y la veloz comunicacion, pueden diariamente y cada vez mas, hacer de todo el mundo una sola ciudad de la raza humana. Pero el caballero campesino ha tenido su padre y tiene sus hijos, y poseen una casa que es mas que una casa en una série de edificios ó que un palacio sobre una avenida. Su casa es un verdadero hogar, y un hogar significa estabilidad, reverencia y verdadera cultura, como cosas opuestas á la mudanza insensata, á la licencia del pensamiento y de las acciones y á la vanidad que usurpa en el mundo el rango de principio. En el campo el padre está bajo el influjo mágico de sus penates y de sus antiguas tradiciones, y ellos le protegen al pasar su vida con sus hijos, sus vecinos, sus dependientes y sus servidores. En el campo la madre tiene sus horas de solaz; puede pensar en sus hijos y reunirlos en torno suyo; y como estos se multiplican bajo su techo, su vista la mueve á buscar en los sentimientos mas profundos de su corazón, las lecciones que debe imprimirles; y entónces las antiguas verdades del destino del hombre y del amor de Dios, descienden como el suave rocío de Abril sobre una nueva generacion. Entónces los niños, á medida que crecen, sienten el estímulo de las tradiciones de lo bueno. Se enorgullecen de su casa, y encuentran en su

estabilidad y su decoro, las verdaderas condiciones para aprender á pasar una vida tranquila y honrada. Resuenan voces á su alrededor, para recordarles lo que deben á la nobleza del pasado, la casa con sus retratos, el parque con sus recuerdos, los viejos nombres, la inalterable corriente del antiguo rio, los aspectos de las colinas inmutables. Con tal raza la bondad debe ser hereditaria y acrecentar su fuerza en las generaciones sucesivas, presentándose á su vez ante el mundo, cada vástago de aquel tronco con todas las virtudes paternas y aun enriquecido con mas dotes que la magnanimidad del padre. Ese oriundo de los campos no necesita poseer estendidos territorios ó ser el señor de una provincia, pero debe ser caballero genuino y leal, cristiano y cortés. Debe ser tan firme como el roble de su propio parque que, creciendo al través de pacíficas décadas, ha absorbido de tal modo la savia de la tierra y bebido los rocíos del cielo que, aunque venga el hecha ó la tempestad, aunque su destino sea yacer derribado, despojado y seco sobre el verde césped donde floreció, sin embargo nadie puede nunca decir que es otra que lo que verdaderamente es, — roble, hasta el corazón.

Pero los miembros del cuerpo católico en este país tienen y han tenido siempre muchas obligaciones, y debo tambien agregar muchos honores que no corresponden ó no están reservados al simple gentilhomme de un condado. Y aquel que exhaló su último suspiro en la semana ántes de Navidad en la playa de un lejano mar vivió en su propio condado, no solamente como un verda-

dero patriota, sinó como un verdadero católico. Entre los buenos principios y las buenas tradiciones la fé religiosa de un hombre debe, no solo ser el primero, sinó el supremo moderador de de todos los demás.

No es hombre aquel que no reconoce á Dios como su origen y como su destino. Ha renunciado á su único fin, y es un náufrago y un desamparado. Un hombre bien nacido deserta de la verdadera gentileza y del honor, al mantenerse alejado voluntariamente de aquel Dios y Majestad, de cuya esencia y atributos todo honor creado y toda verdad, bondad y fortaleza son únicamente similitudes dimanadas. El hombre á quien lloramos habia aprendido esto bien. Casi pienso que puedo oírle decir otro tanto. Lo habia aprendido muy jóven;—habia crecido con él y vivió para mostrarlo á cuantos le miraron. Siendo católico, tuvo un patrimonio que solo tienen los católicos: tuvo la gloria de pertenecer á una raza que habia padecido por su religion. Su familia tiene muchas cosas que le sirven de prez, pero nada podia infundirle mas noble altivez que la memoria de los sufrimientos en los años de persecucion. Como católico tenia que entregar este precioso legado sin mancha y sin mengua á sus hijos. El pensamiento de la constancia con que sus antepasados, desde los dias del Conquistador hasta ahora, habian sostenido la fé, era para él mas que un consuelo, era una inspiracion. Algunos habian sufrido y muerto, como aquella María Vaughan que fué martirizada en Gloucester; muchos mas habian sufrido la pérdida de sus bienes mundanos. Frecuentemente retrocedía á la

buena tradicion de su raza; pero no echaba de menos nada de lo que habia sido arrebatado. (1) Paseando un dia en compañía de uno de sus hijos, señalaba algunos de los dilatados terrenos de que en pasados tiempos se habia apoderado la Corona; y entónces inmediatamente dió gracias á Dios de que, en remuneracion de su lealtad, hubiese dado tantas «vocaciones» á su familia.

Pero el sentimiento de la gloria del pasado no era un vano y falaz sueño. Era eminentemente un católico práctico. Profesaba su religion en público y en privado, no por afectada austeridad ó por estrecho exclusivismo; no haciendo proclamas en la plaza pública; sinó por su método de vida patente á todos los demás. Probablemente el coronel Vaughan nunca perdió un amigo ó debilitó la afeccion de un amigo por su profesion religiosa. Y sin embargo, ninguno ha soñado en decir que él esquivó jamás por un instante ninguna de sus consecuencias. Aquí sobre todos y mas allá de todos fué leal — leal como solamente puede serlo un hombre que reune la fuerza de ánimo y el buen sentido. Fué uno de los que no se avergüenzan de orar. ¿Qué digo? Fué uno que hizo predominar en toda su vida la oracion. La oracion es la comunicacion del alma humana con su único Señor y Amigo. Estos muros y nuestros propios ojos son testigos de cuán constante era su oracion; temprano por la mañana, cuando se preparaba para la comunión; al mediodia ó en la tarde, cuando visitaba el Santo Sacramento;

(1) En tiempo de la Reforma confiscaron á la familia Vaughan gran parte de sus bienes.

— larga y fervientemente en las altas horas de la noche. Gustaba de pasear con sus hijos en las tardes de verano entre sus alamedas, recitando el rosario con ellos. Nunca los llevaba á una excursion algo distante sin invitarlos á todos á unirse con él en el rosario; y en Courtfield el camino de Monmouthshire se llamaba «camino del rosario,» pues la entrada en él era la señal de empezar este rezo. En Crimea, cuando oficiales de diferentes rangos se reunían en su tienda por la noche para disfrutar de su excelente conversacion, nunca tuvo la mas leve dificultad en despedirse cuando era la hora que destinaba á sus preces. Muchos apénas podían entender esto, pero todos admiraban la franqueza de su piedad. Tenia amor especial al Santísimo Sacramento. Solía decir que el dia mas triste de todo el año era el Viérnes Santo, pues no habia visita del Sacramento. Tenia la costumbre de recibir la Santa Comunion tres ó cuatro veces por semana; y durante la última enfermedad la recibia diariamente. Oía misa todos los dias, y dos veces al dia cuando podía; y se supo que andaba ocho millas un dia de la semana para no perder la asistencia al Santo Sacrificio: — ejemplos de una devocion que fué recompensada en su última enfermedad con que se le dijese dos misas cada dia en su aposento. Su espíritu de oracion se alimentaba de candorosos y sencillos pensamientos. Sus libros favoritos eran dos: el Nuevo Testamento y la Imitacion de Cristo. El ayudaba á la union de su corazon con Dios por medio de una abnegacion prácticamente cristiana. En las cosas pequeñas y en las grandes — en la esme-

rada observancia de los grandes preceptos, ó en la mortificacion habitual en cuanto al alimento, vino y vestido, tenia un objeto en vista, la purificacion de su corazon para Dios. Era un dicho suyo, que nunca «se haría esclavo» de ninguna cosa, por leve que fuese. Criaba á sus hijos con la idea de que era buena suficientemente cualquier cosa que permitiese al cuerpo vivir y trabajar. «Soy todo tuyo, Dios mio, en la vida y en la muerte,» tal era el secreto de su severo y estricto tratamiento de sí mismo.

Su consagracion á la propagacion del reino terrenal de Dios es bien conocida, pero no tanto por la generalidad cuanto por unos pocos. Digo deliberadamente y no con espíritu de panegírico, que él trabajó, proyectó y economizó para las necesidades temporales de la diócesis y de la Iglesia en general durante cada año de su vida hasta su fin. El sosten del clero y de las mujeres religiosas, la educacion de los estudiantes destinados á la Iglesia, los pobres y los hijos de los pobres eran todos recordados cada año y fueron atendidos cuando falleció. Acostumbraba decir á sus hijos que gustaba hacer su limosna por la mano de los obispos y de los superiores, tanto porque estaba seguro de que sería bien administrada, cuanto porque la ocultacion de su nombre quitaría toda ocasion de vanidad. Pero estaba tan pronto á servir con su tiempo, su influencia y su palabra, cuanto con su contribucion mas sustancial. No hace tanto tiempo que él pronunció el admirable discurso en la Sala de Saint James, que muchos de nosotros recordamos, en favor

de los católicos perseguidos de Alemania; y ya se ha hecho alusion al testimonio que dió en época anterior. Pero él siempre podia decir «Todo para Dios»; y no sufría que ninguna consideracion personal arrebatase algo á la pureza é integridad de su ofrenda. Honraba á los sacerdotes é hizo muchos sacrificios en su favor. Veía en ellos á los ministros de aquel Dios á quien servía y de aquella religion por la cual sustentaba la vida. Y durante el curso del último verano, cuando estaba enfermo y débil en Courtfield, y cuando aconteció que un número de los sacerdotes y monjes del monasterio de San Miguel cerca de Hereford vinieron á verle por algunas horas, su semblante mostró el júbilo que sentía al recibirles bajo su techo; espresó cuanto le consolaba ver al hijo é hija que habian de vivir despues de él en la antigua morada acogerles y servirles con solicitud cariñosa y digna del espíritu católico; y contemplando á sus pequeños nietos que corrian en medio de ellos, agradeció con emocion á Dios la promesa patente ante sus ojos de que por dilatados años los sacerdotes del Señor jamas serian estraños para su raza ó á la sombra del árbol doméstico.

Hará como veinte años que el coronel Vaughan tomó por su segunda esposa á María Carlota, hija del finado José Weld, de Lulworth. Los restos de ella yacen ahora al lado de los del esposo, cubiertos con el mismo sudario. Así como en la vida, no están divididos en la muerte.

Durante esos veinte años ha surgido una generacion que apenas ha conocido el coronel Vaughan lo bastante para hacerle justicia. Quizá

fué en parte porque él se retiró mas y mas cada año de todo aquello que tuviese atingencia con la vida pública. Todos sus hijos se habian ausentado de su casa, y le parecia que debía interesarse mas y mas en lo que tuviese relacion con su propia alma. El habia sido leal y sincero para con sus hijos. Esteriormente parecia frio y aun á veces áspero. Pero de él puede decirse lo que debiera poder decirse de todos los padres, que procuró afanosamente educarles en el mas alto sentido de la palabra educacion. No intervenia en la tarea del maestro de escuela ó del profesor, pero les enseñaba orar, á pensar, á hablar y á obrar. No se retraía de reunirles en torno de sus rodillas y de esplicarles el Evangelio del Domingo. No disimulaba sus faltas. Les enseñaba el modo de presentarse en los actos públicos de la Iglesia y del Estado. Se esforzaba en hacerlos completos. Esperimentaba el mayor anhelo de que la ofrenda de su madre fuese aceptada, y que cada uno de ellos insinuase á lo menos el deseo de entrar en el estado religioso; pero frecuentemente declaró que preferiria que sus hijos no fuesen sinó honrados y vulgares á que fueran sacerdotes poco generosos y de voluntad tibia. Su reserva para con sus hijos sin embargo era solo una parte de aquella reserva general y de aquel retiro que le era congenial y que, como hemos dicho, se iba condensando sobre él. Pero habia de llegar un tiempo en que sus hijos verian expandirse el corazon paterno, patentizándoles su amor unido al amor del Dios para quien siempre se esforzó en formarles.

Durante los últimos dos años sus amigos que

le vieron en Lóndres ó en Courtfield, advertían que se acercaba el término de su vida mortal. Pasó el último verano en Courtfield en medio de sufrimientos y en ejercicios religiosos, cerca del Santísimo Sacramento, acompañado y vigilado por su abnegada esposa y por su hijo é hija. Tuvo el consuelo de decir una última palabra consagrada á Dios, cuando una vez el niño mayor del hijo que habia de sucederle en Courtfield preguntó, en una de esas inspiraciones con que los ángeles custodios iluminan la mente de los niños, ¿por qué nos hizo Dios? Tomó al niño, y le habló de un modo apacible y reverente, como habla un hombre que vé cercana la eternidad, y siente la formidable gravedad de entenderse con una alma que Jesus ha redimido. Pensaba que nunca abandonaria nuevamente los umbrales de la pequeña iglesia que amaba. Pero debia acontecer de otra manera, y estaba destinado á morir en tierra lejana. El y su esposa fueron por Setiembre á Biarritz á pasar el invierno, cuyo término no les seria dado alcanzar. Su esposa cayó la primera. Era una mujer de singular piedad, digna de su nombre y linaje; que habia rechazado casi todo lo que el mundo tenia que ofrecer, para atender primeramente á su madre, y despues servir al enfermo y al desamparado; una hermana de caridad en el mundo; una á quien muchas pobres moradas de Lóndres y muchas cabañas de las orillas del Wye recordarán y llorarán con gratitud. El lecho mortuorio estaba dispuesto para ambos; pero ella partió adelante. Su trance postrero fué

para él el toque del suyo propio. El habia conocido que cualquier choque repentino seria fatal y estaba pronto aguardando. Ambos se albergaban en la posada de una ciudad extranjera—léjos de su hogar ó de su patria. Pero no estaban abandonados. Parecia que Dios hubiese esparcido una gran calma alrededor para que pudiesen morir serenamente en su presencia. La buena gente de la casa eran sus servidores solícitos; los sacerdotes estaban prontos á su llamado en cualquier momento del dia ó de la noche; Hermanas enfermeras velaban su lecho; sus numerosos amigos rogaban por ellos en las iglesias, pero no les molestaban; y aun la poblacion general de la ciudad suspendia sus negocios ó sus recreos en señal de respeto á aquellos que aguardaban la muerte. Durante esos postrimeros dias, sus hijos, que acudian de países distantes á su lado, empezaron realmente á conocer al coronel Vaughan. Sorprendieron su secreto y el secreto de su vida de «lealtad». Se reducía á ser un simple y directo amor personal y devocion á aquel Dios á quien él conocia como su Hacedor y su Objeto, su Padre y su Amigo.— Su reserva en este punto solamente se rompió á la vista de la tumba. Una vez ántes, durante el último verano, cuando uno de sus hijos iba á tener la ventura de celebrar en su presencia la primera Misa y le pidió que indicase la intencion con que debiera ofrecerse, contestó: «nunca he tenido sino un objeto ó intencion en mi vida, y es pertenecer entera y completamente á mi Dios». Cuando al fin se acercaba rápidamente

la muerte, parecía como si hubiese soltado su lengua para hablar sobre este único asunto con una expansión y calor que asombraban aun á los que mejor le conocían. El amor de Dios, la voluntad de Dios, la bondad de Dios, la terrible majestad de Dios, eran los asuntos sobre los cuales principalmente hablaba. —

Se complacía en rememorar su juventud, y aun su niñez, revelando secretos de su corazón hasta entónces no sospechados; secretos de oración, de intención, de abnegación por amor de Dios. Era un señalado rasgo en la devoción de sus últimos días dar gracias á Dios por todas sus bondades hácia él en su juventud y en su edad madura. También convertía su atención á sus hijos y á su carrera, dejando entender á sus oyentes cuán profundamente había sentido aquellas largas ó completas separaciones á que ántes había parecido un tanto indiferente.

Su enfermedad fué muy penosa y cansada. Por tres meses enteros nunca se acostó ni durmió mas de pocos minutos á la vez. Sentado en su sillón y reclinada su blanca cabeza sobre su bastón, pasaba los días y las noches orando en su martirio.

Su conocida disposición jovial nunca le abandonó; su paciencia nunca cedió, apareciendo siempre su inclinación festiva y fina en su causticidad. Pero no pedía ni una hora de disminución en sus padecimientos. A veces el fervor de su invocación á nuestro Padre Celestial prorumpía en demostraciones tocantes. « Dejadme arrodillar » esclamaba; « colocadme una vez mas sobre mis rodillas, para que pueda nuevamente dar gracias á

« Dios é implorar su misericordia por todos mis pecados ». Pero no se lo permitían. Entónces suplicaba le dejaran prosternar su rostro, para que pudiera adorar á Dios ántes de comparecer en el tribunal del juicio. Pero tenía que permanecer sentado y doblada su cabeza, apurando la copa de sus dolores del modo que Dios ordenaba. Alguno le sugirió que todos sus sufrimientos terrenales eran muy leves en comparación con « el peso eterno de gloria » que le sería revelada. « Es ese un sagrado motivo », se esforzó en decir, « muchos encuentran su alivio y consuelo en él; bástame á mi saber que estoy en las manos de mi Dios y cumpliendo su voluntad ».

Se ha indicado ya que se decían dos misas por dos de sus afectuosos hijos, cada mañana en su cuarto, y que comulgaba diariamente. Estas comuniones eran su fruición anticipada de la paz celestial. El ánsia por el Pan de la Vida produjo en él señalados efectos físicos, como aquel que clama por agua en una fiebre ardiente. La noche ántes empezaba á contar las horas; el alba de la mañana asomaba con demasiada pereza para su ardoroso deseo; y al punto que el solícito sacerdote se presentaba para empezar el santo sacrificio, él estaba pronto y aguardando. Entónces, cuando había recibido á su Señor, se iluminaba su semblante y olvidábase de sí mismo en su comunión con su Dios. No tenía en apariencia ninguna zozobra ó tentación, y experimentaba muy poco temor. El había temido las tentaciones del lecho de muerte; pero, en vez de ellas, tenía participación en la cruz de nuestro Salvador. No experimentaba congoja al dejar un mundo

que habia renunciado largo tiempo ántes. La separacion de aquellos de sus hijos que le asistian durante su enfermedad, producía sin duda alguna agravacion de sus padecimientos. Uno de ellos tuvo que partir ántes que él muriese. Se presentó en el aposento de su padre y se arrojó delante de su silla, pidiéndole su bendicion. El anciano tomó su baston, y apoyado en él, pronunció una bella exhortacion, principalmente invocando las palabras de la Santa Escritura. Le recordó sus deberes en todas las relaciones de su vida; y despues levantando sus brazos, rogó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que le bendijesen; y posando su mano sobre su cabeza, se despidió de él, diciendo: « Cuando me veas otra vez, estaremos en el seno de Dios ». Todos los presentes derramaban lágrimas; él estaba perfectamente tranquilo y sereno, y prosiguió con esas plegarias fervorosas con que se preparaba á morir.

Al fin llegó el momento de cesar su paciente congoja y de recibir la recompensa de su ardiente anhelo, cumpliéndose la providencia de Dios. En la mañana del Lunes 20 de Diciembre, dijo á los que estaban cerca de él: « Entre seis y siete de esta tarde, mi Dios vendrá á tomarme ». Sucedió como lo anunció, y á las seis y cuarto exhaló saave y apaciblemente su postrer aliento.

Una buena muerte es siempre una leccion de consuelo y esperanza. Una buena muerte, despues de una vida larga de abnegacion y de temor á Dios, es una exhortacion grande y ejemplar. La hora de la muerte es frecuentemente mucho

mas que la última hora de la vida. Un hombre que ha pasado su vida purificando su corazon y formándose buenos y fuertes hábitos, es un hombre que ha preparado una agua bonancible para su entrada al puerto. La firme labor de la vida ha destruido las bestias dañinas y rechazado los enemigos que se agolpan naturalmente alrededor del lecho mortuorio; y el alma queda en calma y serena con el gran propósito dominante de su vida — su fiel amor de Dios ardiendo claro y brillante. Esto nos parece leer en la muerte de Juan Francisco Vaughan. Leemos en esa muerte verdaderamente cristiana lo que importa tener una sencilla percepcion de Dios, y tener la verdadera comprehension del sufrimiento; hallamos la mansedumbre, la contricion, la obediencia del fiel siervo de Dios. Le vemos fiel hasta el última momento, aspirando á la vision de Dios, pero firme en observar y celoso en cumplir todos los títulos de la divina voluntad. ¡ Felices aquellos que empiezan en medio de su fuerza y de su salud á practicar la manera de morir con la muerte del justo! ¡ Dichosos los amigos, los hijos de este siervo de su Señor, si toman cordialmente el noble ejemplo de su vida y la persuasiva exhortacion de su muerte!

Y ahora la Iglesia reasume su solemne funcion. Su poderosa plegaria en presencia de Cristo, en medio de sus hijos congregados, producirá una nueva intercesion para que la luz y el refrigerio de Dios no se demoren ya. Unámonos en la oracion por estos dos fieles y puros cora-

zones. Yo sé que pasará mucho tiempo antes que los presentes aquí cesen de recordarlos, ó de rogar por ellos al Señor.



# Juicio Político

Presentado ante el Honorable Congreso Nacional por doña María Harguin, viuda de Pordelanne y de Barriá.



Imprenta de JUAN E. BARRA, Rivadavia 1759 y 1761

BUENOS AIRES